

LA TARDE

AÑO XIX

DE LORCA

NÚM. 4.923

DIARIO FUNDADO EN 1909

DIRECTOR J. LÓPEZ BARNÉS

REDACCIÓN: AVENIDA DE LA ESTACIÓN, LETRA D. BAJO

TELÉFONO NÚMERO 90

JUEVES 5 MAYO 1927

**GARGANTA, NARIZ, OIDO
ESPECIALISTA**

DR. ANGEL ROMERO

Platería 57.-Teléfono 504.-MURCIA

MUEBLES

Sebastian Guijarro — FENERÍA 30 Y 31 Y REINA 6

Grandes existencias :: Nuevos estilos

Interesa ver precios y construcciones de esta Casa.

MURCIA

DEL MOMENTO

OLVIDADIZOS

Leyendo la prensa Cartagenera de estos días, la que nos ha enterado de la solemne inauguración del monumento alzado al gran Maíquez, al actor incomparable que abandonando el modesto oficio de tejedor para dedicarse al teatro, ídolo fué de los públicos españoles en las postrimerías del siglo XVIII y principios del XIX; pensando en que no ha mucho elevó la ciudad hermana monumentos a sus hijos Isaaz Peral y Monroy, sentimos la satisfacción de ver cómo eleva su espíritu ese gran pueblo, que después de atender con asiduidad y constancia admirables al embellecimiento de sus calles y plazas, de sus paseos y afueras, sin que sus energías y actividades se olviden de luchar con ahínco por resolver problemas tan trascendentales como el del abastecimiento de aguas potables, de aguas para el riego de sus campos, de ferrocarriles que intensifiquen el tráfico con la gran ciudad—como el de Cartagena a Lorca—y aumenten su comercio y den nuevos alientos a su industria; después de esa gran labor realizada en cuatro años mal contados por un puñado de hombres de fé,

que al ya popularísimo Alcalde de Cartagena secundan con verdadero entusiasmo y elevado espíritu patriótico, aún tienen tiempo de dedicar a los hijos ilustres de Cartagena, recuerdo cariñoso que al plasmar en artísticos monumentos, perpetúan la memoria de los que un día elevó la fama a las gloriosas cimas de la notoriedad.

Lorca, como Cartagena, como tantos otros pueblos, también tiene hijos, antepasados ilustres, que un tiempo merecieron y obtuvieron renombre y fama de sus contemporáneos. Hombres eminentes en las Artes, en la Literatura, y en la milicia, que por sus grandes méritos ocuparon altísimos puestos.

En páginas de grandes enciclopedias escritos están sus nombres y sus hechos; la historia los consigna y ensalza, pero nosotros los tenemos tan olvidados. Ni una calle, ni una plaza, ni un paseo, llevan sus nombres como tributo modesto, pero tributo al fin, a su memoria.

Y es que somos tan olvidadizos, tanto, que nos olvidamos de nosotros mismos.

JUAN DEL PUEBLO

EDICTO

DON JOSÉ RODRIGUEZ DE VERA Y PÉREZ-PASTOR, ALCALDE-PRESIDENTE DEL EXCELENTÍSIMO AYUNTAMIENTO DE ESTA CIUDAD.

HAGO SABER: Que conforme se anunciaba en mis Edictos fechas 14 de Febrero y 7 de Marzo próximos pasados, ha quedado abierto el plazo voluntario para el pago del segundo trimestre de los impuestos municipales que a continuación se detallan, correspondientes al presente año natural, cuyo plazo voluntario terminará el día 15 de Junio próximo.

«Inquilinato».

«Rodaje ó arrastre por las vías municipales con cualesquiera vehículos» y

«Carruajes de lujo».

Lo que se hace público para conocimiento de todos los contribu-

yentes interesados, a quienes se les advierte que conforme dispone el R. D. de 2 de Marzo de 1926, los que dejasen transcurrir los plazos fijados sin satisfacer sus recibos, incurrirán en apremio, sin más notificación ni requerimiento, pero que si los satisfacen durante los diez últimos días de dicho último mes de Junio, sólo tendrán que abonar un 10 por 100 de recargo que automáticamente se elevará al 20 por 100 el día primero del mes siguiente.

Lorca 3 de Mayo de 1927

J. R. VERA

P. S. M.

El Srío. acedt.

B. RAEL

REGALOS

BONITOS ESTUCHES DE

PERFUMERIA

Precios económicos

Casa Meseguer

PLAZA de la CONSTITUCION

EL PALACIO DE LAS MEDIAS CASA CAYUELA

GRAN ESTABLECIMIENTO DE NOVEDADES

Inmenso surtido en **MEDIAS Y CALCETINES**, especialidad de esta Casa.

Riguroso Precio Fijo :: Todo marcado

3 FERNANDO EL SANTO 3.—LORCA

PRÓXIMA APERTURA

PRESENTE Y FUTURO DE LORCA

PRESENTE

A mi querido amigo, don
Antonio Vallejo Navarro.

Insensiblemente, guiado por algo inexplicable y misterioso, dirigí mis pasos hacia las ruinosas y desoladas alturas donde nuestra vieja Iglesia Santa María tiene su asiento. Ya en el solitario atrio, después de dirigir una mirada de tris teza al viejo, casi derruido templo y aspirar anhelante el aire que tanto necesitaban mis fatigados pulmones, que aquella tarde de los primeros días de abril ofrecía tibio y perfumado con ese aroma suave y misterioso que solo ofrecen las alturas, me aproximé al muro del atrio y miré.

Apesar de haber contemplado infinitas veces el magnífico panorama que desde aquel admirable balcón se descubre, quedé absorbido, emocionado, ante la visión del extenso y magnífico valle; cuadro maravilloso, ceñido por el marco de las lejanas sierras sobre cuyos matices y artísticas pinceladas se desgranaban los rayos del sol, en aquella tarde abrilena, como lluvia de oro y fuego... Destellos, himnos de gloria que aclaman, cantan y alaban al Divino Artífice... ¡Es la obra de Dios!

Mas fué la impresión de conjunto y de momento. Un velo de tristeza envolvió a mi espíritu. Mis ojos se posaron en las cercanías, en los sitios más próximos al que me encontraba y... montones de escombros, tristes ruinas, paredones en negrecidos que en airada protesta se levantan de ellas cual gigantescos fantasmas, pareciendo pedir al cielo clemencia y justicia... Desolación... Aterradoras visiones que condenan la incuria, el abandono... ¡Es la obra del Hombre!

Fatigados los ojos y abatido el espíritu, dirigí ansiosa mirada buscando el cuadro anteriormente admirado, más horrorosa decepción; solo contemplé campos casi yermos; extensos trigales, sí, pero medio secos; sentenciados a morir por la sequía. Una riqueza, pensaba conmovido, que se pierde después de tantos afanes, de tanto sacrificio; pérdida que lleva consigo las esperanzas, las ilusiones, el bienestar, el pan de cientos y cientos de familias que quedan a las puer

tas de la miseria, sin más amparo que la Providencia y sin otro consuelo que sus lágrimas.

Queriendo apartar de mí tan triste y desconsolador espectáculo, dirigí la mirada sobre el centro del pueblo; y contemplándolo, fuí presa de nuevos y torturadores pensamientos. ¡Lorca, la gran Ciudad del Sol! Lo último, sí; sol espléndido que ilumina sus miserias, la suciedad de sus calles, la quietud y silencio en su recinto, la decadencia de su Comercio, la ruina de su agricultura, la ausencia, en fin, de toda actividad, de toda energía y de toda vida. ¡Lorca! Ciudad muerta, Ciudad sin iniciativas, ciudad perezosa e insensible que ve cernirse sobre sí todas las calamidades y no se conmueve, y no se preocupa ni apresta a defenderse con la energía e interés a que esta obligada. ¡Lorca! Ciudad del Sol, de un Sol muy espléndido, pero es porque no depende de ella como el cultivo de su soberbio y magnífico campo; campo extensísimo; vega maravillosa y, sin embargo, para su consumo importaba harinas, importaba cebada, importaba legumbres, hortalizas y demás frutos de la tierra; y mientras, sus magníficas fábricas y molinos son destruidos por la herrumbre en su inmovilidad, las tierras descansan y el obrero perece.

¡Lorca, Lorca! Si consumes y no produces ¿cómo podrás vivir?

Abrumado bajo el peso de estos acontecimientos, pasaron las horas. Mi estado no era normal; invadido por la fiebre o desconocida excitación, cerré los ojos para no ver el motivo que provocara mis tristes reflexiones, mas fué en vano. Continué viendo, y la visión entonces, había adquirido proporciones gigantescas y misteriosas; nada había oculto para mí; estaba en todas partes y en ninguna; lo veía todo: el pueblo, sus calles, sus vegas y sus campos. Veía a los hombres y comprendía sus intenciones, sus pensamientos, su estado de ánimo, todo; nada se ocultaba a mi asombrado espíritu, y observé.

Observé a los hombres, cuyas cabezas eran abrasados volcanes donde caóticos pensamientos se cruzaban y confundían creando terribles fantasmas; dando vida los menos a figuras ideales, engendro de sus locas fantasías, que al

mezclarse a las creadas por la dolorosa realidad, ponían una nota de sangrienta burla haciendo aquel cuadro más triste, tétrico y doloroso. ¡La cosecha se pierde y no podrá pagar; de qué comeremos! ¡No vendo; las letras vencen, el género se eterniza, los gastos son imponentes! ¡No trabajo; comer es preciso; qué hacer para ganar el pan que mis hijos necesitan! ¡Crisis, todo paralizado, la vida se hace imposible, no gano para comer, las necesidades y obligaciones se multiplican...!

A estas lamentaciones, que veía en mi estado como siniestras y alocadas figuras, se unían la de pesamientos de odio, envidia, venganza, violencias... y envueltas en espesa niebla que producía el sufrimiento, el dolor, los temores y la ansiedad, las veía elevarse a las alturas en interminable procesión, llenando de espanto y temor a mi espíritu. Más de pronto una voz angelical rasgó, iluminando aquella tenebrosa visión y dijo: —Despierta y no temas; cuanto has visto es el presente triste y doloroso por la rebeldía de los hombres; mas pronto contemplarás el futuro.

Abrí los ojos y piadosamente, la noche, había extendido su negro manto de sombras, cubriendo tanta ruina, tanta desolación y tanta desdicha.

JUAN M. PÉREZ CHUCOS

Del amor y del rigor

Quien bien te quiera te hará llorar, dice una antigua sentencia. Es posible que los que tienen que sufrir la parte lacrimatoria del cariño así establecido no se muestren muy conformes con esa manera de ser queridos; pero es claro que quien ama desea acumular todas las perfecciones en el ser amado, y, si le halla imperfecto, ha de corregirle, ha de enmendarle, ha de reformarle, lo cual no es posible a veces conseguir sin cierta violencia para el corrigiendo y, por tanto, sin algún dolor del enmendando, y por tanto sin unas lágrimas del reformando.

Hay que reconocer, sin embargo que a veces el amador abusa de esta forma del bien querer. En París ha sido detenida una joven de nacionalidad serbia, que envió a su marido. Interrogada por el juez acerca de los móviles de su crimen, la acusada afirmó, que adoraba a su marido y que no se podía consolar de verle envejecer. Ciertamente, hay carizos que matan. Amemos con rigor, si el bien del ser amado lo exige; hagámosle llorar. Pero no le hagamos envejecer. Porque no se ve qué clase de bien podemos desear a quien empazamos por privar del mayor bien,